
La Biblia de los Caídos
PRIMERA PLEGARIA
TESTAMENTO DEL GRIS
FERNANDO TRUJILLO

Contents


La
Biblia
de los
Caídos

LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS
PRIMERA PLEGARIA DEL TESTAMENTO DEL GRIS

SMASHWORDS EDITION

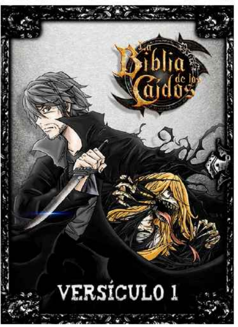
Edición y corrección
Nieves García Bautista

Diseño de portada
Diego Trujillo Sanz

LA TIENDA DE TEDD Y TODD

https://fb--1-latiendadeteddytodd.palbin.com/

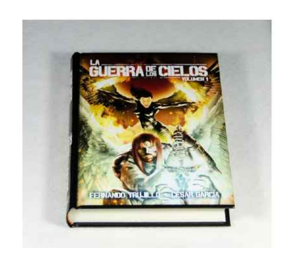
Versión manga de La Biblia de los Caídos



Colgante/llavero de La Biblia de los Caídos



La Guerra de los Cielos en tapa dura y firmado (opcional)



SOBRE LAS PLEGARIAS

Las plegarias abarcan historias cortas que pueden ser omitidas sin perjuicio de la crónica principal, pero que a su vez aportan información sobre eventos aislados para quien desee ampliar su conocimiento.

La presente tiene lugar después del tomo 2 del testamento del Gris, aunque es posible su comprensión tan solo habiendo leído el tomo cero.

Ramsey.

PRIMERA PLEGARIA DEL TESTAMENTO DEL GRIS

—¿Qué tenemos aquí? Necesito información. ¡Deprisa!

—Lo han encontrado en la calle. No tiene identificación ni…

—¡Eso me da lo mismo!

—Inconsciente, pérdida de sangre, constantes débiles, quemaduras en rostro, cuello y hombro derecho, posibles…

—Vaguedades. ¿Por qué no le han quitado la gabardina? ¡Despejad el pasillo! ¡Quiero un quirófano listo por si es preciso!

—No le desvistieron en la ambulancia por miedo a moverle. Podría tener fracturas o una hemorragia interna.

—Cortadle el jersey, ¡ahora! ¡Enfermera! Colóquese delante de la camilla y aparte a la gente. Tengo que examinar a este hombre ya. Diría que tiene treinta y cinco años, aunque el pelo lo tiene muy canoso. Vamos, cortad el jersey de una vez.

—Es complicado con la camilla en movimiento.

—Pues tened cuidado. Así, del todo. ¡Dios!

—Hay mucha sangre y… eso… ¿Eso son…?

—Cicatrices.

—¿Tantas?

—¿Qué pasa con sus constantes? ¿Qué pulso tiene?

—¡No tiene pulso! ¡Palas!

—¡Espera! Respira, tiene pulso. Es el monitor el que está mal. ¡Que traigan otro ahora mismo!

—¿Otro? Es el tercero que utilizamos. O este tipo tiene muy mala suerte con los aparatos del hospital o aquí pasa algo raro.

—Maldita sea. Le tomaré el pulso con los dedos… Sí, tiene pulso, aunque es débil. Encontrad las heridas y taponadlas antes de que se desangre o no lo contará.



—¿Qué haces, Niño? Así no puede ser.

—¿Es que ahora puedo mentir?

—Me refiero a que estás empezando por el final. Cuéntamelo desde el principio. ¿Desde cuándo te niegas a hablar, Niño?

—Qué plastas os ponéis las pibas con los detalles. Oye, ¿por qué no rastreas algo y te enteras de la historia completa? Si yo pudiera hacer eso…

—¡Y deja ya el videojuego! Has prometido contármelo todo.

—Es que solo puedo jugar cuando no está el Gris. Si toca el ordenata se lo carga, o las consolas, como pasaba en el hospital cuando intentaban usar algún cacharro con él. La que se montó con las radiografías fue…

—Que no me cuentes el final. Dame el mando ahora mismo.

—¡No!

—Que me lo des.

—¡Que no, pesada! ¡Ay! ¿Me has mordido? Mira lo que has hecho, Sara. ¡Me han matado por tu culpa! ¡Mujeres! Vale, tú ganas. Pero sigo jugando mientras te lo cuento.

—Desde el principio.

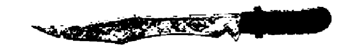
—Que sí, tía.

—Y sin saltarte nada.

—Qué pesada… Yo no te doy la chapa cuando estás con… con… ¿Tú con qué te diviertes, Sara?

—Niñooooo.

—Está bien. ¡Joder! Casi me matan otra vez. En fin, vamos al lío desde el principio.



—¿Se supone que debo llamarte madre?

—¿Algún problema porque sea una mujer?

—El problema lo tienes tú, no yo. ¿Sabes qué le ocurrió a tu antecesor?

—Sí, estoy al corriente de lo sucedido al padre Jorge. Nadie más se ha ofrecido para atender tu alma…, eh…, es decir… Perdona.

—No te disculpes, no es culpa tuya, mujer. Es mejor que lo sepas todo ahora y nos ahorraremos muchas conversaciones incómodas en el futuro.

—Sé quién eres, hijo mío: aquel que no tiene alma. También sé qué haces para poder confesarte: tomas almas prestadas y así…

—Sé lo que hago. No necesito que me lo recuerdes.

—…sirves a Dios.

—No, así alivio mi dolor, sobrevivo. No te confundas, mujer.

—¿Seguro que soy yo quien se confunde?

—Me trae sin cuidado lo que pienses. Absuélveme, concédeme el perdón y te librarás de mí.

—No sin oírte primero en confesión.

—Tú no quieres escuchar mi historia. Crees que sí, pero no te haces a la idea de lo equivocada que estás. Mi vida no es la de un devoto siervo de Dios, te enterarías de cosas que no soportarías, que ni te imaginas. Te harías preguntas para las que no tienes respuestas. Hazme caso, no te conviene saber más.

—¿De modo que lo haces por mi bien?

—Pondría tu vida en peligro. ¿Te recuerdo otra vez lo que le pasó a tu hermano Jorge?

—Pero es mi vida. Yo decido, no tú.

—Eres idiota, mujer. Y no es que me importe, pero me haces perder el tiempo.

—Creo que temes que me maten. Percibo preocupación en tu interior.

—¡En mi interior no hay nada! Está claro que no lo entiendes. Además, acabo de conocerte; no me preocuparía por ti ni aunque pudiera.

—¿Ha muerto alguien próximo a ti?… Así que es eso. ¿Fue culpa tuya? No hace falta que respondas. No creo que lo sepas, pero es obvio que te consideras culpable.

—Pediré a otro confesor. Tiene que haber alguno que no sea

estúpido.

—Te repito que nadie más quiere tener nada que ver contigo. Yo tampoco, si te soy sincera. Si he accedido es por respeto a Jorge. Él veía algo en ti. Muéstramelo. Déjame contemplar lo mismo que él o renunciaré a ayudarte.

—No creo que eso le gustara a Mikael.

—No dependemos de los ángeles. Seguimos nuestro camino, como bien sabes. Si lo prefieres, acude a él para que te alivie, como ya hizo en una ocasión. Por mí no hay inconveniente. Vamos, ahí tienes la puerta. Adelante, hombre sin alma. Esa mirada no me intimida. ¿Y bien?

—Disfrutas de tu posición, ¿verdad? El poder que ahora posees sobre mí te embriaga. Saboréalo, pero ten presente que es mi dolor el que me doblega, no tú, no te equivoques. Lo que tú tienes y me estás negando lo tienen muchos otros. No serás la última en intentar someterme, pero la humillación no es algo que me importe. Me arrodillaré, ¿lo ves? ¿Agacho también la cabeza? Quizá así te sientas superior. Pero no olvides nunca esto: si pudieras comprender el sufrimiento que me atormenta, no disfrutarías, sentirías vergüenza de ti misma por lo que estás haciendo.

—Se te da bien herir con las palabras. ¿Por eso me llamas mujer?

—No me has dicho tu nombre.

—Levanta la cabeza y mírame cuando te hablo. ¿Por qué eres así?

—¡Porque me duele! ¡Porque tu Dios cree que merezco esto!

—¿Por eso me odias a mí? ¿A todos los santos?

—Debería. Siempre buscando algo profundo, algo que dé sentido a vuestra miserable existencia. Eres tan terca como Jorge. Lo repetiré a ver si por fin entiendes algo: ¡me duele! Eso es todo. No hay nada complicado ni profundo. ¡Sufro! No hay ningún misterio ni descubrirás una gran verdad a través de mí. Pero hasta que te des cuenta yo tengo que seguir arrodillado aquí, sintiendo cómo me desgarro por dentro. Tienes mucha suerte de que no pueda odiar.



—Mira que te enrollas, Niño. Te he dicho desde el principio, lo sé, ¿pero esto es importante?

—Un poco, sí. No hay quien entienda a las pibas. Primero me das la chapa para que no te cuente el final y ahora…

—Vale, vale. Entonces, ¿hay mujeres santas?

—Y luego me llama machista a mí. No te jode, la tía. ¿Por qué no van a poder las titis sentir a Dios? A ver, lista, dime por qué no. Venga, va.

—Está bien, Niño. Es que me pones nerviosa. ¡Y no te rías que no me refiero a eso! Por cierto, ¿cómo te has enterado de todo esto?

—Me lo contó el Gris.

—¿Y por qué no me llamasteis? ¡Yo también soy parte del grupo!

—Vaya, qué genio. Tú tenías una cita, ¿recuerdas? Y no podíamos saber nada porque la señora quería intimidad, ¿te suena? Una vida normal, aparte de nosotros, y todo ese rollo. ¿Cómo fue la cita, por cierto? ¿Hubo sexo? No serás de esas que esperan hasta la tercera cita para…

—¡Niño! No te disperses. El Gris podría haberme enviado un gato, lo hace cuando le da la gana, ¿no? Y el gato me habría encontrado.

—Tía, te estás poniendo muy chunga. ¿Por qué me miras así? ¡Que yo no estaba allí! Ni que fuera yo el que maneja a esos putos bichos que no paran de mearse y arañarme.

—Perdona, ya no me altero más.

—Lo dudo. Y quita el culo de la pantalla que no veo. Esta parte es la más jodida, ¿sabes?

—Me quito si sigues hablando.

—Qué remedio. Ahora viene lo bueno. Y lo bueno, como siempre, empezó cuando llegó Plata.



—Perdona la espera. Me han dicho algo muy raro, que ha llegado alguien exigiendo que todo el mundo abandone la iglesia porque hay un dragón que…

—Yo me ocupo.

—No, hijo mío, aún no te he confesado.

—Fíate de mí, madre, yo sé cómo manejar esto. Si aprecias en algo tu iglesia, te conviene que vaya a ver a esa persona. No tardaré. Habla con Dios mientras tanto. ¿Dónde está el tipo ese que…? Ya lo veo. ¡Plata!

—¡Gris! ¿Qué te parece este cuerpo?

—Está muy bien. Joven y fuerte. Quizá algo delgado para tus gustos, ¿no? ¿Me buscabas?

—¿Y tú a mí?

—Por supuesto. ¿Por qué no me esperas fuera? Solo será un momento, y te prometo que luego iremos a cazar un dragón.

—Oh, me encantaría, muchacho. ¿Conoces el juego de qué fue primero, si el huevo o la gallina?

—Me suena.

—Pues es una soberana estupidez.

—Plata, escucha, ahora mismo tengo algo importante que…

—¡Debería ser el huevo o el dragón! Se lo explico a la gente, pero solo tú me comprendes, Gris. Lástima que seas tan impopular.

—Trataré de hacérselo entender a los demás, pero…

—Gracias, Gris. Eres el mejor.

—…necesito unos minutos y…

—De acuerdo, muchacho. Asegúrate de que todos entiendan lo del huevo y el dragón. Yo voy a por el martillo de Miriam y ahora te lo traigo.

—¿Qué has dicho?

—El martillo de nuestra encantadora centinela… Una pena, su triste final. ¿No era eso lo que buscabas? Ah, no, era tu alma. Lo siento, muchacho, no la he visto. En fin, no te molesto más.

—Plata, espera. ¿Sabes dónde está el martillo de Miriam?



—No sabía que se había perdido.

—Ni yo. Ni tampoco que el Gris buscaba el martillo de Miriam. Estos mamones no nos lo cuentan todo. Es como si no estuviéramos en la élite, ya sabes. Soy bueno para pintarrajear la runas esas de mierda, para hacer recados, para curar al Gris y para comerme todos los marrones. ¡Pero no me cuentan las movidas importantes! En tu caso lo entiendo, eres novata, seguro que te pones histérica… ¡Pero yo!

—¿Quién se pone histérico ahora, eh? Ja, te han matado.

—¡Mierda! No había guardado la partida. No sé cuántas horas de juego a la basura. ¡Ahora sí que estoy cabreado!

—Deja ya el jueguecito. Mírame y sigue con la historia.

—¡Pero no toques esas revistas! Ya las quito yo.

—¿Lees mucho?

—Son porno, tía, ¿tú qué crees?

—Eres un cerdo, Niño.

—Que no las toques, te he dicho. Pueden venirte imágenes que no te gustarían… ¿Lo pillas?

—Eres un cerdo.

—Lo que me faltaba. Ahora me dirás que tú no te tocas, ¿no? Venga, no me jodas, Sara. Tu cara de inocentona no cuela conmigo, seguro que tienes tanto vicio como cualquiera.

—Cerdo.

—¿No eres tú la que dice que tengo que ser más normal? Soy un adolescente y esta es mi habitación. ¿Qué esperabas? Ahora que lo pienso, quizá tampoco deberías rastrear ese sofá. Levanta. En ese taburete tampoco. Ni ahí.

—¿Me puedo sentar en alguna parte?

—No, no, en la cama no, ahí te daría un jamacuco. Déjame pensar. En el baño ni de coña, en la alfombra tampoco… No, ahí no.

—¡Pero si es la ventana!

—Qué quieres que te diga, tía, sufro mucho estrés y a veces

se ve una pibita buena que…

—¡Basta! Al sofá. Te juro que no rastrearé nada de nada.

—Más te vale, ¿eh? Como vea una sonrisita…

—Puedo controlarlo. Ahora sigue, dale a la lengua.

—¿Por dónde iba?

—El martillo de Miriam.

—Ah, es verdad. Pues se fueron a buscarlo…



—Plata, es de día. No puedo salir a la calle.

—¿Aún no lo has superado? No es ninguna vergüenza no tener sombra, ¿sabías? No te preocupes. Está nublado y no vamos lejos.

—De acuerdo, pero mantente un paso por delante de mí y caminemos cerca de la pared.

—Buena idea. No podemos dejar que los dragones nos localicen desde las alturas. Tienen muy buena vista.

—¿Ahora los temes?

—De ningún modo. Si me ven, podrían huir. Soy el mejor cazador de dragones del mundo, amigo mío. Mi fama y mi reputación les intimidan.

—Y no queremos que huyan porque…

—Porque es un dragón el que tiene el martillo de Miriam, uno muy astuto y muy feo. Su aliento apesta aun cuando no escupe fuego. Yo te protegeré, tranquilo.

—Dijiste que no estaba lejos.

—En la siguiente manzana.

—¿Estás seguro, Plata? ¿Cuándo saltaste a este cuerpo? A lo mejor deberías decirme dónde está el dragón, por si saltas de nuevo y le perdemos la pista.

—¿Y dejar que te enfrentes a ese reptil tú solo? Nunca me perdonaría tu muerte. Tu talento es digno de canciones y leyendas, Gris, pero no estás preparado para un auténtico reto. ¿Crees que estás a la altura de un dragón?, ¿que se parece a algo a lo que te hayas enfrentado? Muchacho, tienes mucho que

aprender.



—¿De verdad un dragón tenía el martillo?

—Sara, por el amor de lo más sagrado, dime que me estás vacilando. ¿Todavía no conoces los desvaríos de Plata?

—¿Y por qué el Gris le sigue la corriente?

—Porque nadie puede curar la locura de Plata. Absolutamente nadie. Ni siquiera yo he podido y mira que lo he intentado, pero el tío está zumbado. El Gris cree que las piradas de olla de Plata tienen sentido, pero si lográramos descodificarlas. Por eso le sigue la corriente, por si en algún momento llega a entenderlo. Lo que sin duda demuestra que el cerebro del Gris está en vías de descomposición.

—Pero Plata siempre parece saber muchas cosas.

—Y casi siempre acaba palmando. Ya ves de qué le sirve saber tanto. Ahora bien, hay que reconocer que después de mí, es el que más mola del grupo, ¿eh?



—¿Aquí?

—Te dije que era cerca, muchacho.

—¿En una alcantarilla?

—¿Así llamáis los jóvenes al cubil de un dragón? Bien, detrás de mí en todo momento. Es hora de que aprendas el oficio, Gris. Yo abriré la puerta. Ummmffff… Maldición. Este cuerpo no es tan fuerte como creía.

—Yo me encargo de la tapa de la alcantarilla.

—¡Eh! Eres muy fuerte, muchacho, y eso que hoy no tienes buen aspecto. Si esto sale bien, te podré nombrar mi escudero. Adentro.

—Debería ir yo primero…

—De ningún modo. Eres mi responsabilidad y…

—¿Ya se te ha olvidado que tienes problemas de coordinación cuando llevas poco tiempo en un cuerpo? Si resbalas, yo te cogeré. No quiero que te pase nada y saltes a otro cuerpo antes de que terminemos.

—Alguien podría cuestionar mi valor si penetrara en último lugar en la cueva de un… ¡Para! No bajes aún. ¡Gris! Vuelve a subir.

—¿Bajas o voy sin ti?

—Esto es una falta de respeto que…

—Los peldaños son hierros que sobresalen de la pared y están algo húmedos. Ten cuidado.

—En ninguna de mis cacerías, los aprendices nunca…

—Cierra el pico, Plata, y céntrate en la escalera.

—¡Cuidado con ese peldaño, Gris! Parece poco estable. El fuego del dragón habrá reblandecido un poco el hierro.

—Me estás pisando la mano.

—Mis disculpas. ¿Por qué no sigues bajando?

—Porque ya estoy en el fondo.

—Excelente. Por aquí. Yo iré delante. Insisto y no se hable más. ¿Quién es aquí el experto en dragones?

—Tú, Plata. Pero sería un honor que me permitieras ir el primero, por si acaso hay algún peligro.

—Precisamente. Si ese condenado lagarto tiene una pizca de cerebro nos atacará por la espalda cuando menos lo esperemos. ¿Qué te pasa, muchacho? Creía que no tenías miedo de nada. ¿A qué viene esa cara?

—Estoy bien.

—Recuerdo la primera vez que comí un buen asado de lomo de dragón. No es para estómagos delicados, te lo aseguro. Tenía un cuerpo que era una birria y tuve cagalera durante una semana. Se me revolvían las tripas y ponía la misma cara que tienes ahora.

—Estoy bien.

—Repetirlo no lo convierte en verdad. No podemos entablar combate con esa bestia sin estar en condiciones óptimas.

—No me duele más que de costumbre. Sigamos. ¿Te has perdido, Plata?

—Imposible.

—Es la segunda vez que pasamos por este desagüe. ¿Recuerdas el camino?

—¿Recordar? No es así como un cazador persigue a su presa, Gris. Tienes mucho que aprender.

—Ilústrame.

—Sigo el olor de la bestia. ¿No notas cómo apesta?

—Yo no huelo nada.

—Perdón, había olvidado tu pequeño problema sensorial. Se podría considerar una ventaja en este caso. Esta cloaca inmunda desprende el olor más nauseabundo que se pueda concebir, amigo mío. Suerte que soy un experto en rastrear a estos bichos. Por cierto, nada de matar al dragón. Cuando recuperemos el martillo, pienso domar a ese lagarto alado, ¿de acuerdo?

—Como quieras, pero si me ataca, tendré que defenderme.

—Yo me ocuparé de él, no temas.

—¡Atento! ¡Una rata!

—¡Puaj! La he aplastado, qué asco…

—Casi te caes.

—Sí, gracias por sostenerme. Este cuerpo no es tan ágil como esperaba. Bien, creo que hemos llegado.

—¡Plata! ¡Detrás de mí!



—¿Por qué te callas? Sigue, Niño. Habla o te retuerzo el pescuezo.

—Me he atragantado, joder. Puedo beber un poco de agua, ¿no?

—¿Estaba el dragón o no?

—¿Dragón? ¿Todavía crees que los dragones existen? Pobrecilla…

—¿Entonces qué vieron? ¿Por qué se asustó el Gris?

—El Gris no se asusta de nada, que no te enteras. Le preocupaba que Plata muriera y saltara a otro cuerpo antes de encontrar el martillo de Miriam.

—Entonces es que había un peligro.

—¿Un peligro? Está claro, pero no fue eso lo que vio. Se trataba de algo acojonante que te cagas.



—No toques el fuego, Plata. Apártate. ¿Habías visto algo así antes?

—Muchas veces. ¿Tú no?

—Solo una vez. Es una runa. ¿Ves la curva que hacen las llamas? Llegan hasta la otra pared. La runa abarca toda esta sala. O puede que sean varias runas. No, no veo que los trazos se corten en ninguna parte… ¿La reconoces?

—Por supuesto. Es fuego de dragón. Muy típica.

—¡He dicho que no entres! El fuego de dragón no flota en el aire…

—Disiento.

—…y proyecta sombras. Fíjate bien, estas llamas emiten una luz… extraña. ¿Cómo es, Plata? ¿Amarilla o naranja? No lo distingo bien.

—Naranja. A lo mejor el dragón tiene caries, lo que explicaría su mal aliento.



—¿Fuego flotando? ¿Lo he entendido bien?

—Eso me contó el Gris.

—¿Pudo equivocarse debido a su visión defectuosa?

—Había llamas en el aire, Sara, trazando líneas, curvas, formando un símbolo. Si el Gris viera tan mal como para confundir eso, se iría dando hostias contra las paredes. ¿Y qué me dices de que no hubiera sombras?

—Creía que eras tú el que contaba la historia.

—Si no me interrumpieras, lo haría.



—¿Entonces había un dragón de verdad?

—Y dale con el dragón. Mira que eres ingenua. Anda, cierra la boquita y al loro, que ahora hablan de ti.

—¿De mí?



—No me fío. No conocemos los efectos de esta runa. Lo mejor será traer a Sara para que rastree el lugar antes de arriesgarnos con algo que desconocemos.

—¡Yo conozco a los dragones! Sara es una novata y nos metería en un lío. No está preparada.



—¡Será hijo de…!

—Venga, suéltalo. Apuesto a que no te atreves a soltar tacos.

—…

—¡Ja! Lo sabía.

—¡Estoy harta de que me tratéis como si fuera estúpida! ¡Hombres! Os creéis que una mujer no puede hacer nada mejor que vosotros. ¡Machistas! ¡Asquerosos! Plata se va a enterar la próxima vez que lo vea.

—¿Puedo seguir o todavía no se te ha pasado la rabieta? Eh, que yo no tengo la culpa.

—Tú eres un cerdo, Niño.

—¿Pero qué he hecho yo ahora?

—¡Te has reído! Todos sois iguales.

—No me reía de eso, tía. Es que no te pispas de nada. Anda, escucha. Por suerte el Gris es más listo que tú.



—¿Lo has entendido? Mantente alejado de la cola. Yo me encaramaré a su lomo y le sujetaré las alas. Tú procura que no te queme la gabardina con su aliento. Cuando le haya agotado, le cogeré por los cuernos y…

—¡Ya basta! No haremos nada de eso. Y no vamos a atravesar esa runa.

—No es momento para tener miedo, Gris. Conmigo estás a salvo.

—Eso lo dudo.

—¿Cómo te atreves?

—Muy sencillo. Me atrevo porque tú no eres Plata.



—¿Qué?

—Lo que oyes, tía. ¿A qué mola?

—¿No es Plata?

—¿Eres sorda, además de histérica?

—Pero… ¿Cómo…? Pero si…

—Tú balbucea, que yo te lo aclaro.



—¿Cómo lo has sabido, Gris?

—Has cometido varios errores. Para empezar, no has mencionado al Niño. Plata nunca pasa más de dos minutos sin preguntar por él. Luego, el detalle sobre mi olfato. Es cierto que apenas distingo los olores, pero Plata sabe que huelo. Por último, el error que de verdad te ha delatado es que Plata nunca recuerda a Sara, pero tú sí pareces conocerla.

—Vaya… Supongo que te subestimé, Gris.

—Más de lo que imaginas. Tienes una oportunidad de salir con vida de estas cloacas si me dices quién eres y por qué me has traído aquí.

—No necesitas el cuchillo, Gris. Guárdalo y te lo diré.

—Habla.

—De acuerdo, pero no te gustará lo que voy a decirte. ¿Por dónde empiezo?… Ah, sí: eres estúpido. Bastan cuatro idioteces sobre dragones para tragarte que yo era Plata. Sí, al final me descubriste, pero ¿sabes qué? ¡Demasiado tarde!



—Eso le ha pasado por listo. ¿Sabías que me gastó una broma y me encerraron un día en la cárcel? Gracioso, ¿eh? Pues ahí lo tienes. Plata es mi colega y yo me habría dado cuenta de que el menda ese era un impostor.

—Seguro que sí. No te enrolles y sigue. ¿Qué pasó?

—El muy cabrón le dio al Gris en el pecho, así, con la mano abierta. Era un bastardo muy rápido.

—El Gris ha recibido golpes peores, Niño, eso no le haría mucho daño.

—No era un golpe, sino un empujón.

—Pues mejor me lo pones. Un empujoncito no…

—Le hizo perder el equilibrio y el Gris cayó dentro de la runa de fuego. Era una trampa.

—¿Se quemó?

—Ojalá. La cosa era mucho más jodida que unas quemaduras.



—¿Puedes oírme, Gris? No estoy seguro con tus alaridos, pero seguiré hablando mientras te consumes. Quiero que sepas por

qué vas a morir. Chilla todo lo que quieras, patalea, pero no podrás salir de esa runa de fuego. Resiste, eso es, así. Tienes que sufrir.

—¿P-P-Por qué?

—Vaya, aún puedes hablar. Eres fuerte, pero no te servirá de nada. Nadie puede romper esa runa y nadie vendrá a rescatarte. Me preguntas por qué. La respuesta es porque te lo mereces, porque no deberías existir.

—T-Tiene que… haber m-m-más… U-un motivo.

—Tienes razón. El dolor no te nubla el juicio, por lo que veo. Se nota que estás acostumbrado a él. Con todo, ya estás arrodillado. Se te acaban las fuerzas, Gris. Pronto también necesitarás las manos para sostenerte, y no tardarás en desplomarte. Entonces conocerás lo que es sufrir de verdad. Y yo permaneceré aquí viendo cómo gritas de desesperación. Ah, sí, el motivo. ¿Recuerdas a un chico de veinte años que te contrató para que lo ayudaras con un demonio que lo acosaba? ¿Has asentido o era un espasmo de dolor? Lo tomaré como un sí. Hiciste un gran trabajo acabando con el demonio.

—Salvé… al chico.

—Cierto. Veo que te acuerdas. Luego, un año más tarde, tomaste su alma para confesarte. Él te la cedió agradecido, aunque estuviera obligado por vuestro acuerdo. Pero no se la devolviste en buen estado. Sufrió jaquecas constantes desde entonces. Le fallaba la memoria, enfermaba con frecuencia…

—¿Murió?

—Sigue vivo. Para tu desgracia, se trata de mi hijo.

—L-Lo… salvé…

—Contaminaste su alma. Su destino era ser un centinela y eso ya no será posible por tu culpa. Sé que él recurrió a ti, ahí está el problema. Mientras existas, seguirás perjudicando a los demás, aunque tu intención no sea esa. Pero no deberías existir, así de sencillo. ¡Y lo sabes! Y aun así te resistes. Como ahora, que sigues luchando aunque no hay esperanza. Ya ni si quiera puedes mantenerte de rodillas, pero sigues tratando de mirarme, te esfuerzas por hablar… Encima, mataste a un ángel. ¡Un ángel! ¿Hacen falta más razones para acabar contigo?

—Los ángeles… n-n-no me mataron… Eso demuestra… que

yo no…

—¿Quién crees que creó la runa que te está devorando? Ese fuego proviene de la espada de un ángel. ¿Entiendes lo que significa? Esa runa está diseñada para acabar con un hombre sin alma. ¿Conoces a alguno más? Exacto, así que es solo para ti. Los ángeles la crearon en cuanto se enteraron de tu existencia. La guardaban para el momento preciso, pero estaban preparados para matarte, Gris. ¡Los ángeles ya habían decidido que debías morir! Yo solo me he adelantado un poco a lo inevitable… Vaya, te empeñas en resistir, ¿eh? Bien, alarga tu tormento si es lo que quieres. Por mí, perfecto. No tengo prisa.

—Yo tampoco.

—¡Eh!, ¿cómo? ¿Por qué ya no te tiembla la voz?

—Tolero el dolor. Es lo único que sé hacer.

—¡No puede ser! No puedes levantarte. ¡Es imposible! ¡Atrás!

—Si pretendes golpearme otra vez, tendrás que hacerlo más rápido, no me ha costado nada esquivar tu puñetazo. ¿Tienes miedo? Vamos, defiéndete. Si dejas que salga de la runa, te mataré.

—No puede ser. Algo ha salido mal. ¡Aaaarrrg!

—¿Duele? Este te dolerá más. En el estómago. ¿Qué tal se está ahí en el suelo, sufriendo? Levántate.

—Soy más fuerte que tú.

—No lo eres, centinela. Y, como te advertí, voy a matarte.



—Alto ahí, mequetrefe. No puede ser un centinela.

—Pues va a ser que sí, tía.

—Los centinelas no tienen hijos.

—Pues este tuvo uno. No es tan complicado, en serio, me decepcionas un poquito, Sara.

—¿Ah, sí? No te las des de listo. ¿Tú lo entendiste sin más explicaciones?

—Ahí me has pillado. La verdad es que yo pregunté lo

mismo que tú. Pero de verdad que la explicación está tirada. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre las revistas porno y los tocamientos?

—¡Inseminación artificial!

—¿Ves como era fácil? Y hasta lógico. Si no pueden acostarse con nadie… Tía, los centinelas tienen que ser, por cojones, los maestros del universo en temas de… autorelajación, ¿no crees?

—¿Y su código lo permite?

—Pues no, pero su alma solo se contamina si echan un polvo con otra persona. Se funde o se mezcla con la otra, o no sé qué rollo místico de mierda.

—¿Y los ángeles no lo castigaron?

—Ahora vuelves a ser la inocentona que tanto me gusta. ¿Crees que no hay centinelas corruptos? Por favor, hasta un niño de teta sabe que la mierda está por todas partes. Bueno, puede que los brujos sean la única excepción. Y los angelitos siempre están muy ocupados con sus rollos o maldiciendo a alguien. Vamos, que me apuesto el lunar de mi barbilla a que ni se han enterado del asuntillo de ese centinela. No pueden vigilar a todos sus lacayos, sobre todo cuando los adiestran precisamente para no perder el tiempo con cuestiones terrenales.

—Te gusta hablar mal de los ángeles, ¿verdad?

—¿Se nota mucho? A lo mejor es por la maldición que me enchufaron.

—El Gris… Dime, Niño: ¿mató al falso Plata?

—¿Tú qué crees?



—¡Nooooooooooooo!

—Gritar no te ayudará. Fallaste otra vez, centinela.

—Tú también, engendro.

—No quería darte a ti, sino a la tubería. Ese vapor abrasa la piel. Duele.

—¡Aaaaarrg! ¡Suéltame! Nos quemamos los dos, imbécil.

—Veremos quién aguanta más. Aguantas más que un hombre corriente, por supuesto. Comprobemos cuánta resistencia te han proporcionado los ángeles.

—¡Aaaarrrgg! ¡Estás loco! ¡Moriremos los dos si no me sueltas! ¿Cómo lo soportas?

—Solo es vapor ardiente. Cuentas con el favor de un ángel, no debes temer nada. Yo estoy solo, soy un monstruo sin alma. Seguro que me rindo antes que tú.

—¡Bastaaaaaaaaaaaaaaaa!

—No.

—¡Mi cara! ¡Mi cuello! ¡Para! ¡Por favor!

—De acuerdo.

—Suéltame, chiflado. Muy bien, me tienes, haz lo que tengas que hacer, pero antes dime, ¿cómo escapaste de la runa? Sé que estaba bien. Vi a los ángeles trazarla y ellos no fallan.

—Al contrario que tú, yo no pienso contarte nada, aunque sí te diré una cosa: encontraré a tu hijo y lo mataré. Luego investigaré si hay alguien más en tu vida que signifique algo para ti y también lo mataré. Sea quien sea, sin piedad. Destruiré todo lo que haya tenido algún valor para ti.

—Eso es lo que haría un monstruo. Pero morirás conmigo, Gris. Mírate. Apenas te tienes en pie, estás sangrando. No saldrás de aquí.

—Sí lo haré. Quieres creer que no, pero sabes que lo conseguiré, que aguanto más que tú, más que nadie. Y que cumpliré lo que te he dicho.



—Reconozco que a veces el Gris se pone un poco chulito, pero no se tiraba el moco. El muy cabrón lo consiguió. Estaba hecho un trapo, eso sí. Alguien lo encontró tirado en la calle y lo llevaron al hospital.

—¿Y el centinela?

—Palmó. Dudo que recorriera ni diez metros en aquella cloaca apestosa. Fue una buena pelea, pero el Gris le metió a

base de bien. Es el mejor, el tío.

—No podemos dejar que vaya a por el hijo de ese…

—Calma, titi, relájate. El Gris no va a matar a nadie. Se lo dijo para meterle miedo, para que se joda bien antes de morir por haber intentado matarlo. Yo me habría meado encima. Es que cuando el Gris se pone serio… Nadie le echa huevos para comprobar si va de farol.

—No me dirás todo esto solo para tranquilizarme, ¿no?

—Que no puedo mentir, coño. Y el Gris no es un tarado ni un asesino de mierda.

—Tenemos que ir a verlo. Necesitará compañía.

—Menuda novedad…

—Y estará sufriendo por las heridas.

—¿Qué? Eso me ofende, Sara. El Gris está mejor que nunca. No lo entiendes, tronca. ¡Ya lo he curado! ¿Cómo crees que sé todos esos detalles? Tenías que haberle visto la jeta que tenía, así, quemada, deforme, apestando, echando humo… Repugnante. Pero, gracias al menda, o sea, yo, ahora está como si nada. Ni una cicatriz. Soy la hostia de bueno, ¿eh?

—¿No tiene ni una marca?

—Solo las de las runas. Esas no las puedo borrar ni yo. Pero el resto, como nuevo. No quiero ni imaginar la pinta que tendría si yo no cuidara de él.

—Aun así, quiero verlo.

—No puedes.

—Claro que puedo. Ahora mismo me voy al cementerio y…

—No está allí.

—¿Dónde está?

—No puedo decírtelo. ¡Ay! ¡Ah! Vale, sí puedo, pero no quiero.

—Niño, no estoy para bromas.

—Ni yo. Tienes que dejarle solo, Sara. Ahora mismo ni siquiera yo puedo estar a su lado.

—Pero Álex seguro que sí puede, ¿me equivoco?

—Del todo. Está solo, Sara. Ha pasado por algo terrible y tiene que superarlo a su manera. Tiene su modo de afrontar la culpa. Déjalo en paz. Cuando se recupere, nos llamará. Siempre lo hace.

—¿Qué culpa? Tenía que defenderse.

—No has comprendido cómo sobrevivió a la runa.

—Supongo que los ángeles fallaron. No es la primera vez que alguien comete un error con el Gris. Es único, ¿recuerdas? No hay modo de predecir cómo le afectarán las cosas.

—Normalmente es así, pero, por desgracia, en este caso, los ángeles sabían muy bien lo que hacían. La runa era perfecta.

—¿Entonces por qué no funcionó?

—Lo hizo. Funcionó.



—Hola.

—¡Gris! ¿Qué haces aquí? Discúlpame. Estoy contenta de verte, solo que ahora soy incapaz de alegrarme por nada. Que tonta soy, lo siento. No es una coincidencia que hayas venido, ¿verdad? Es un detalle por tu parte que estés en su funeral, en serio. Perdona que… Fue tan repentino… Aún no entiendo cómo… Da igual, aunque no se note, te juro que me alegro de que estés aquí. A él le habría gustado.

—¿Te importa que nos apartemos un poco? Bajo ese árbol de allí.

—¿Qué? Ah, la sombra… Sí, por supuesto, vamos. Solo quedaba yo, de todos modos. Perdóname, Gris, pero tengo que pedírtelo. ¿Aceptarás mi alma a cambio de vengar su muerte? Sé que no ha fallecido por causas naturales.

—Toma, cógelo.

—¿Tu cuchillo? ¿Para qué?

—Es importante. Por favor… Sujétalo fuerte. Tus manos son pequeñas y delicadas. Usa las dos.

—Me estás asustando.

—Ahora escúchame con atención. Es lo único que te pido.

—Tú puedes pedirme lo que quieras, Gris. No estaría viva de no ser por ti. Me salvaste.

—Lo hice porque tu marido me lo pidió.

—Pero aceptaste y ahora no tendría un hijo de no ser por ti.

—Acepté a cambio de un precio.

—Muy barato. Nunca se arrepintió de pagarlo. Ni una vez. Incluso me dijo que te daría las gracias cuando acudieras a cobrar la deuda.

—Es cierto. Me lo agradeció.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitaba confesarme y tomé su alma. No puedo entrar en detalles porque correrías peligro, pero seré tan explícito como pueda. Alguien impidió que me confesara y trató de matarme.

—¿Por qué?

—Digamos que tenía sus razones. Me condujo a una trampa diseñada específicamente para destruirme, para matarme a mí, solo a mí.

—A aquel que no tiene alma.

—Exacto. Sobreviví porque sí tenía alma, la de tu marido. ¿Lo entiendes ahora? Tuve la suerte de que mi enemigo no sabía que iba a confesarme.

—¿Quieres decir…? ¡No! ¡No!

—Yo me salvé gracias al alma que llevaba dentro. Tu marido se consumió en mi interior, así que no pude devolvérsela. Por eso falleció. Y por eso nunca nadie podrá explicar la causa de su muerte. Querías vengar al hombre que mató a tu marido. Ahora tienes la oportunidad. Utiliza el cuchillo que te he dado. Me daré la vuelta y te será más sencillo.

—Pretendes que yo… Tú… A ti…

—Tienes que cortarme la cabeza.

—¿Por qué?

—Si me apuñalas, me curaré y…

—¡No me refiero a eso! ¿Por qué tengo que matarte?

—Porque yo soy el culpable.

—¡No voy a matar a nadie! ¡Te debo mi vida! ¡El culpable es ese enemigo que te atacó!

—Yo tomé su alma…

—¡Basta! Tú respondiste a nuestra plegaria. Date la vuelta. ¡Mírame! Tu enemigo, ¿qué fue de él? ¿Lo mataste?

—Sí.

—Entonces mi marido ha sido vengado. Toma tu cuchillo. Él dio su alma para salvar mi vida y a cambio salvó también la tuya.

Así lo recordaré.

—Él no me dio su alma, me la prestó, hay una diferencia. No cumplí mi parte. Nunca debí…

—¿Por qué haces esto?

—Creí que debías saber la verdad.

—¿Por qué te culpas? Tienes muchos enemigos, intentan acabar contigo, pero no pueden porque nadie sabe qué eres en realidad. Ni siquiera tú lo sabes. Mi marido nos salvó a los dos, quédate con eso y continúa con tu vida; si no, será como escupir en su tumba y negarme a mí el derecho a honrar su memoria. Gris, no te perdono porque no hay nada que perdonar. Dame un abrazo y dime adiós. Y cuando recuperes tu alma y puedas llorar, ven a verme. Tendré una botella preparada y podremos lamentar los dos juntos la pérdida del hombre que nos salvó la vida. Adiós, Gris.

—Adiós.



—¿Lo entiendes ahora, Madre? ¿Has tenido suficiente o voy a tener que seguir contándote mi vida cada vez que venga a confesarme?

—Estoy lejos de entenderte, Gris, pero en esta ocasión, te absolveré, ya que esa mujer te dio su bendición.

—No me dio nada. Quiso crear una imagen agradable de mí para soportar el dolor por la pérdida de su marido. Eso le resultó más fácil que aceptar la verdad y cortarle la cabeza a un pobre desgraciado para hacer justicia.

—¿Y por qué ella se equivoca y tú no? Todos tenemos versiones de la verdad.

—Aplícate esa premisa, madre, cuando me sermonees en nombre de Dios.

—Aún no te has perdonado. Fingiste hacerlo con ella para aliviarla, pero sigues cargando con la culpa. Ese no es el camino.

—Mi camino lo decido yo. El tuyo es confesarme. Te advertí que lo hicieras sin preguntar, pero no me haces caso. ¿Sabes

qué es la culpa, madre? Lo dudo. Encerrada en una iglesia no se aprende. Pero conmigo aprenderás. Cuando me marche, te preguntarás si el marido de aquella mujer seguiría vivo si me hubieras confesado en lugar de marearme con tus sermones. Yo me habría marchado a tiempo de devolverle el alma a su dueño.

—Y el centinela habría conseguido su propósito.

—¿Esa es tu justificación? De las muchas cosas que dicen de mí, una es que siempre salgo adelante porque soy único y eso me hace pensar que quizá podría haber encontrado un modo de escapar de la runa o descubrir que el centinela me llevaba a una trampa. Pero estaba sufriendo por el dolor que no me quisiste aliviar y no tenía la cabeza despejada.

—¿Quieres que te confiese sin preguntar? No funcionará. Y no entraré en el juego de los supuestos.

—Si insistes en martirizarme, conocerás cada uno de mis pecados. No te gustará oírlos. Atento contra todo lo que un santo considera sagrado. ¿De verdad quieres seguir preguntando? Tú misma, pero ya te he advertido.

—Te preocupas por mí, y eso que apenas me conoces. ¿Por qué solo te fijas en la parte mala que hay en ti? El bien y el mal puros no existen. Solo hay una mezcla de ambos. ¿Quieres que no te pregunte más? Entonces aprende a perdonarte a ti mismo y por fin podremos tener una última conversación verdadera.

—Tú mandas, madre. Pero la próxima vez que alguien muera, recuerda que eres la persona que me mantiene con vida, por tanto parte de la culpa será tuya. Veremos qué tal se te da cargar con ese peso.

—Deja de preocuparte por mí, hijo mío. Ya he decidido que hasta que no cambies, seguiremos como hasta ahora.

—Será una relación larga, madre, porque yo no puedo perdonarme y no puedo aceptar que tú lo hagas. Mi perdón solo puede llegar de un modo. Un día encontraré mi alma y haré lo que tenga que hacer. Después, pagaré por todo lo que he hecho. Entonces, tal vez pueda aspirar al perdón. O tal vez no lo merezca. Sinceramente, eso es lo que menos me importa en estos momentos.



Crónica principal a cargo de Fernando Trujillo Sanz

La Biblia de los Caídos. Tomo 0 **(Gratis)**

Tomo 1 del testamento de Sombra.
Tomo 1 del testamento del Gris.
Tomo 1 del testamento de Mad.
Tomo 1 del testamento de Nilia.

Tomo 2 del testamento del Gris.

Primera plegaria del testamento del Gris.

Apéndices

Tomo 1 del testamento de Jon.
Tomo 1 del testamento de Roja (en preparación).

Tomo 2 del testamento de Jon (en preparación).

Nota: el orden dado en la crónica principal es el que se debería seguir para entender la historia. Los apéndices, por el contrario, pueden ser leídos como se prefiera, siempre después de haber leído el tomo 0 y el Tomo 1 del testamento de Sombra.

Bibliografía de Fernando Trujillo Sanz

- La Biblia de los Caídos
- El secreto de Tedd y Todd
- El secreto del tío Óscar
- La última jugada
- Sal de mis sueños
- Yo no la maté
- La prisión de Black Rock
- La Guerra de los Cielos

FERNANDO TRUJILLO SANZ

Mail: nandoynuba@gmail.com
Facebook: https://www.facebook.com/fernando.trujillosanz
Twitter: https://twitter.com/F_TrujilloSanz
Google +: https://plus.google.com/+FernandoTrujilloSanz/

COMUNIDAD
Club de lectura en Facebook:
https://www.facebook.com/groups/ClubdeLecturaFTS/
Blog (fan) sobre el «Universo Trujillo»:
https://teddytodd.wordpress.com/
Blog (fan) sobre las novelas de Fernando y César:
https://libroscesaryfernando.wordpress.com/
Página (fan) sobre *La Guerra de los Cielos* en Facebook:
https://www.facebook.com/PaginaFanDeLaGuerraDeLosCielos